

Dinero gratis

5

Dinero gratis
Carlo Padial

Primera edición en Libros del Silencio: septiembre de 2010

© Carlo Padial, 2010

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2010]

Provença, 225, entresuelo 3.^a

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

www.librosdelsilencio.com

Diseño de colección: Nora Grosse, Enric Jardí

ISBN: 978-84-937856-9-7

Depósito legal: B-30.III-2010

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

El infarto

Caminando, como siempre, subiendo la cuesta, intentando llegar a la cima, me da un pinchazo extrafuerte en el lado izquierdo: ¿Puede ser el corazón? ¿Ya está? ¿Se acabó? Me aprieto el pecho con las dos manos, me caigo al suelo, los coches, a mi izquierda y a mi derecha, pasan de largo, son las nueve, está oscureciendo (luz azul/luz morada). Tirado en el suelo en una posición ridícula, comprendo que nadie va a ayudarme. Espero no encontrarme a ningún conocido, sería penoso tener que aparentar normalidad con estos pinchazos. Intento llegar a alguna casa, pedir auxilio. Es inútil, no puedo ni arrastrarme, el pinchazo me mantiene clavado en el suelo, hecho un ovillo. Los coches pasan (izquierda/derecha, luz azul/luz morada). Qué final tan lamentable, ¡qué decepción! Mucha gente se va a sentir traiciona-

CARLO PADIAL

da, ¡esperaban mucho de mí y yo les he defraudado! No obstante, no puedo dejar de admirar el paisaje. Desde aquí abajo, y pese al dolor, los pinchazos, etc., la vida se ve como algo precioso, ¡la vida es maravillosa!

¡Voy a aprovechar, por fin, unos instantes!

Diarios del Starbucks

20 de junio

En tres palabras: odio el Starbucks.

25 de junio

Sus empleados son mis adversarios. ¡Os aplastaré! Quiero salir del Starbucks, chillarle al cajero, demoler sus franquicias... Pero mi voluntad sigue doblegada, y cuando salgo del trabajo lo primero que hago es ir al Starbucks y pedirme un frappuccino. Paciencia. Sus empleados son de una frialdad robótica, autómatas, androides. Se pasean por el local con sus uniformes y de vez en cuando te sonríen, y yo me siento herido, violado en mi orgullo. Todo esto por un café que ni tan siquiera me gusta. La hostilidad hacia el Starbucks me oprime. El camarero me trae un mocalatte con mi nombre es-

crito en el vaso de plástico. ¡El mocalatte me da diarrea! Aun así, me lo bebo y corro a casa apretando el culo. ¡Malditos sean! Es la franquicia del diablo. Y están por todas partes. Hay uno en cada esquina. ¡Puerta con puerta! Por otra parte, ¿qué gano yo con todo esto?

Al atardecer, me paseo por el triste Starbucks de Diagonal con Paseo de Gracia, el lugar ideal para morir de asco. Me detengo en una esquina y observo a los clientes. Sin duda, estamos ante una buena guarida de farsantes. Sentados con las piernas cruzadas, apoyando los pies en el sofá, mientras simulan estar absorbidos por sus ordenadores portátiles, dándoselas de cosmopolitas globalizados, futuros escritores, grandes viajeros. ¡Exhibicionistas asquerosos!

26 de junio

Segundos después de hacer mi pedido —un espresso con hielo—, unas nórdicas me miran mal y un norteamericano pasa por mi lado golpeándome en el hombro. Intento salir, un camarero me cierra el paso. Me han tendido una trampa en el Starbucks. Tropiezo con el pie desnudo de una jovencita inglesa. Me mira con asco. «¡Diarrea!»: ésa es exactamente la palabra que resuena en mi cabeza.

Y no sólo en mi cabeza.

Acorralado, camino a lo largo del interminable pasillo que conduce a los servicios, apoyándome contra la pared, como un mendigo, marginado y vencido. Sentado en el lavabo del Starbucks, reflexiono.

30 de junio

Acontecimientos insignificantes me sacan de quicio. Tengo que dejar de ir al Starbucks. Hay decenas, cientos de cafés, hay otras franquicias a las que puedo ir. Sólo soy un hombre de treinta años tratando de conseguir un café.

2 de julio

Vuelvo al Starbucks. Me encuentro al camarero de siempre. ¿Por qué todos son tan maquinalmente amables?

3 de julio

Harto de todo, cojo un avión y me voy de vacaciones a Kuwait. A unos metros del hotel, veo un Starbucks. No me lo puedo creer. ¡Me persiguen! Increíblemente, entro a echar un vistazo. Por increíble que parezca, es exactamente igual a todos los demás Starbucks. Con sus mocalattes; sus frappuccinos; sus idiotas sentados con las piernas cruzadas en los sofás, descalzos, teclean-

do en sus portátiles; el camarero sonriente; la música de Alanis Morissette en los altavoces... ¡En Kuwait!

La debilidad del sistema se manifiesta mediante cosas así.

5 de agosto

El Starbucks encierra varios secretos más, y éstos son algunos de ellos...

Por lo pronto, os digo: ¡No vayáis al Starbucks!

10 de agosto

Tras tomar un espresso con hielo en el Starbucks, he notado, en efecto, un cierto nerviosismo que persiste incluso seis horas después de haber vuelto a casa. Empecé a tomar café hace cosa de diez años. ¿Por qué? No lo sé.

15 de agosto

Desde hace meses, vengo observando los diferentes Starbucks que me rodean. Es una cadena de cafeterías compuesta al más bello estilo romano. Neoclasicismo decrepito. ¿Qué secretos se esconden detrás del Starbucks? La amabilidad orgullosa de todos sus empleados, mezclada con el desdén y la rabia con los que te sirven, obliga a los clientes a desconfiar.

22 de agosto

¡No bajéis la guardia!

25 de agosto

El otro día, mientras tomaba un caramel macchiato, enfrascado en mis pensamientos destructivos, me detuve ante un cartel que decía: EL COMPROMISO STARBUCKS: SERVIR EL MEJOR CAFÉ DEL MUNDO. APORTAR A NUESTRA COMUNIDAD Y DEFENDER EL MEDIO AMBIENTE. TRATAR A LAS PERSONAS CON RESPETO Y DIGNIDAD.

30 de agosto

Habituado a desconfiar de todo cuanto sucede, me veo dominado por una rabia desacostumbrada mientras desfilan ante mí los clientes habituales del Starbucks: mujeres vestidas como putas, futuros arquitectos con un libro de Stendhal bajo el brazo, extranjeras que me miran con desprecio. Enajenado, veo a una joven mujer empujando un carrito con una niña pequeña. ¡No cabe duda de que le doy asco! «Nunca podrás dejarme embarazada», parece decirme con su mirada hostil.

No cabe duda de que este lugar esconde algún secreto.

Por debajo de su actividad febril, de su constante ir y venir de papanatas narcisistas, nada sucede. Al igual

que la decoración, los clientes y los camareros se asemejan los unos a los otros en todos los Starbucks de la ciudad, quizá del mundo, y la mediocridad histórica no se ve alterada más que por la irrupción ocasional de algún mendigo que entra con una lata de cerveza vacía en la mano y con los calzoncillos por encima de los pantalones, gritando: «¡Cabrones! ¡Hijos de puta!... Vais a arder en el infierno. Zorras, guarros asquerosos... ¡Yo soy el único que sabe lo que está pasando realmente!». A continuación se marcha corriendo, o se desmaya en mitad del local, tras un infarto repentino.

1 de septiembre

Me voy de viaje a la India. Nada más salir del aeropuerto, me encuentro de frente con un Starbucks. ¡Otra vez! Armando un gran alboroto en el mostrador de mi compañía aérea, consigo un billete de vuelta tras sólo veinte minutos de estancia en el país.

2 de septiembre

De regreso a casa, voy a un Starbucks y veo a una mujer medio tumbada en un gran sofá verde. «Nunca seré tuya», parece querer decirme, mientras me lanza miradas inquietas, como si yo fuera una especie de violador, un delincuente sexual, un terrorista.

Me acerco y le digo en voz baja:

—¿Qué te hace pensar que me interesas? ¿Por qué todas las mujeres se creen que, por el simple hecho de mirarlas, ya quieres follar con ellas? ¡No te necesito! —acabo gritándole.

Afortunadamente, la mujer es extranjera y no entiende nada de lo que acabo de decirle.

6 de octubre

A diario, concentración de idiotas en el Starbucks. Punto de encuentro. Jamás en mi vida he visto tantos idiotas juntos, excepto, tal vez, en algunos trípticos del Bosco sobre el Juicio Final y una vez que fui al Sónar.

18 de octubre

Vulgares, especuladores... ¡y tantos otros! Todos metidos en el Starbucks, todos chupando del bote, literalmente.

20 de octubre

Mi camarero del Starbucks, el hombre que me sirve, oculto tras el mostrador, me mira. Yo le devuelvo la mirada. Esto es absurdo. El camarero se marcha, y yo lo sigo. Finalmente, mi camarero desaparece tras la puerta de la zona restringida al personal autorizado.

Me acerco. Al otro lado de la pared, oigo voces monstruosas, tal vez un sacrificio, pero me es imposible distinguir las palabras. Esto confirma mis sospechas: los empleados del Starbucks adoran a una criatura que no es ni animal ni humana, ni terrestre ni extraterrestre. Un engendro creado por Howard Schultz, presidente y fundador de Starbucks.

21 de octubre

¡Por fin la verdad sale a la luz! Mientras los empleados adoran a este ser maléfico, los demás, nosotros, los clientes del Starbucks, chupamos de sus botes, sorbemos sus brebajes, sus pócimas, que nos convierten en vainas o crisálidas de las que surgirán copias idénticas de nosotros mismos.

¡Cadáveres vivientes, a viajar!

25 de octubre

Tras haber estudiado el contenido de un mocalatte durante cuatro días, conseguí aislar el ingrediente secreto: ¡Diarrea! ¡Bebemos diarrea! ¡Nos dan de beber diarrea! Por eso nos gusta tanto. Somos adictos a la diarrea de Howard Schultz. Una afición malsana. Pronto caeremos enfermos por culpa del Starbucks.

26 de octubre

Por la noche, solo delante del microscopio, veo las partículas de diarrea extraídas del mocalatte bailando su danza macabra ante mis ojos, algo similar al boggie-woggie. Sin pretenderlo, ¡he hecho el descubrimiento del siglo! Para celebrar semejante hallazgo, me largo al Starbucks, a tomarme un frappuccino.

27 de octubre

Tras haberme tomado un espresso en el Starbucks, me tumbo en la cama. Intoxicado por la cafeína, veo a Howard Schultz totalmente desnudo, bailando el boggie-woggie.

28 de octubre

Ahora bien, al mismo tiempo, o enseguida, al cabo de unos instantes, de pronto, los camareros del Starbucks y todos sus clientes cambian repentinamente su actitud conmigo, y una silenciosa amabilidad hostil se manifiesta mediante sonrisas procedentes de todos los ángulos del local.

Tras unos segundos de calma tensa, mi camarero me trae un caffè mocca, con mi nombre escrito en el vaso de plástico, y me entrega un ticket de unos cincuenta centímetros. El ticket, lleno de texto, contiene

toda la información, hasta el último detalle, de la transacción que acabamos de llevar a cabo.

He comprado un mocalatte.

Me pregunto en qué circunstancia futura puedo llegar a necesitar todos estos datos, esta especie de informe pericial. ¡Mi gestor no me pide estas cosas! ¿Y por qué ponen mi nombre en el vaso? ¿Qué soy yo, una especie de perro, que necesita su nombre en el cuenco del que bebe, por si acaso olvido quién soy en mitad del proceso? Además, mi nombre está mal escrito.

—Yo no me llamo Carlos, me llamo Carlo —le digo a mi camarero, y éste me responde frunciendo los labios y levantando las cejas: cara de culo estreñado.

Me pregunto qué significa ese gesto. De fondo, sueña Alanis Morissette. ¡Y yo odio a Alanis Morissette!

15 de noviembre

Sin entender nada de lo que sucede, sigo en el Starbucks. Intento encontrar el azúcar blanco, azúcar normal, entre los cuarenta tipos de azúcar traídos de todas las partes del mundo, pero no lo consigo.

—No tenemos azúcar blanco —me responde, airado, un camarero arrodillado frente al mostrador del azúcar—. ¿Para qué quieres azúcar blanco? —añade, con un tono de voz inaceptable—. Aquí tienes azúcar mo-

reno, azúcar con canela, azúcar con frutos secos, azúcar iraní...

—¡Cállate! ¡Yo quiero azúcar blanco! —le grito, furioso—. ¡Azúcar blanco! ¡Azúcar blanco!

Desde la otra punta del local, mi camarero me mira. Creo que está celoso de que discuta con otros camareros. Comienza entonces una serie de manifestaciones absurdas que me es imposible explicar.

El Starbucks me da miedo.

25 de enero

Yo no creía en la existencia de lugares malditos, pero eso fue antes de haber ido a un Starbucks.

10 de marzo

Le pido azúcar blanco a mi camarero y me responde neciamente que no tienen. Eso es todo.

21 de agosto

Miro de arriba abajo a un cliente del Starbucks: se parece a mí. Los dos llevamos la misma camiseta de Frank Zappa. Sin pretenderlo, como un acto reflejo, lo saludo, y el tipo da media vuelta y se va por su lado, mirándome de reojo como si yo fuera un perverso.

10 de septiembre

Mi paseo diario de camino a la oficina me conduce al Starbucks, donde me detengo a observar a un grupo de mujeres extranjeras. Entonces, se arma un escándalo. ¡Esto es como una orgía! ¡La depravación absoluta! En ese momento, oigo los acordes de una guitarra. Es Paul McCartney.

11 de septiembre

Por la mañana, abro la puerta de mi casa y me encuentro a un camarero del Starbucks tirado sobre mi alfombrilla, con una cerveza en la mano, cerrándome el paso.

—Días extraños —me dice.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy de vacaciones. Tengo tres semanas.

Y yo me marchó sin responder.

Biblioteca

Desde hace meses, le doy vueltas a mi plan más ambicioso: enfrentarme a la cultura en su propio terreno. Entrar por la fuerza (o mejor, por la puerta) en una biblioteca y doblegarla con la única ayuda de mi fanatismo. Admito que es una tarea enorme, pero no conviene exagerar. Mis aspiraciones son modestas.

Entro en una facultad. Atravieso las salas esperando que, en cualquier momento, me detengan. Alcanzo la entrada de la biblioteca. Haber llegado hasta aquí sin que mi presencia haya sido detectada me provoca una risa incontrolable que me obliga a salir corriendo.

Doy un par de vueltas alrededor del patio. Regreso a la entrada de la biblioteca. Entro. Intento encontrar un lugar donde poner por escrito mis primeras impresiones, pero todas las mesas están ocupadas. Son

mesas carcelarias, tipo rancho. Apenas hay mesas para una o dos personas, y las que hay ya están ocupadas. Sin embargo, nadie parece a disgusto, les encanta. Doce estudiantes por mesa, rumiando la cultura: su instinto universitario/animal les conduce a la victoria, aunque ellos no lo sepan ni puedan disfrutarla. La plaga estudiantil me ha vencido a las primeras de cambio. El fanatismo colectivo le ha podido al fanático individual. Desconcertado, busco refugio entre unos estantes para escribir aunque sea de pie, a toda prisa. Mientras tanto, los rumiantes prosiguen con sus labores de demolición: masticando apuntes y mirándose entre ellos. Me superan en número, y eso me aterra. De nada sirve poner en marcha mi ingenio creador, mi pulso a la cultura, si el cabecilla de los universitarios, que debe de andar por aquí, detecta mi presencia de agente desestabilizador de su modorra corrosiva.

Antes de llegar aquí, soñaba con profundizar en la historia para ponerla en cuestión; ahora veo que no seré capaz de hacerlo, ni falta que me hace. Un pájaro como yo debe sobrevolar la cultura sin perder tiempo en los detalles. Desde aquí lo veo todo y me río. Mis carcajadas me delatan, pero no puedo evitarlo: la cultura me da risa. De pronto, veo un libro que me llama la atención: *Las Orgías*, de Platón. Lo saco de su estante.

Miro la portada. *Gorgias*, de Platón. Vuelvo a mirar el lomo. Es un libro viejo y alguien se ha dedicado a borrar la primera *g* del título. Como decía, los salvajes se me han adelantado, y su instinto animal no es ajeno al humor barato que tanto me gusta. La competitividad entre hermanos se percibe en el ambiente. La degradación de una libido mustia, también. La sociedad está a mis pies, y yo la pateo sin mala intención.

Situación crítica: un empleado de la biblioteca invade mi espacio, por unos momentos creo que me han descubierto. Unas chicas me señalan. Retrocedo, me pego contra la pared, suelto la enciclopedia ilustrada que estaba ojeando. El peligro se disuelve, las cosas vuelven a la normalidad. Falsa alarma: ha sido un simulacro. La paranoia es un regalo del cielo, un don divino autoasignado. El arte no sería posible sin este largo rodeo. A partir de hoy me autoproclamo el principal promotor de la lectura en diagonal.

Ojeando un tratado de psiquiatría encuentro el caso del paciente Spinoza: «Spinoza, un paciente de 42 años, cree en la autosuficiencia de la Naturaleza e, incluso bajo los efectos de la medicación, reafirma “la identidad del alma y del cuerpo sobre todas las cosas”. Según él, “nuestras almas no sobreviven al cuerpo, pues no están libres de él”. El enfermo se considera “un autómata

espiritual determinado a actuar por causas que ignora”. Poco después de ser dado de alta, los problemas de conducta del paciente se hacen tan graves que su familia no puede arreglárselas con él en casa. Es ingresado en un hospital para enfermos crónicos. Continúa el deterioro progresivo de su estado físico e intelectual, pero las conductas agresivas (especialmente dirigidas contra su madre) se controlan, más o menos, mediante la administración de fármacos antipsicóticos. Sus sesiones de psicoterapia son poco frecuentes y, aunque su aportación es mínima, presenta un fuerte apego hacia ellas, y a menudo se entristece cuando su terapeuta se va de vacaciones. Se asoma a la ventana de su cuarto y, al ver pasar un coche, le pregunta a su madre: “Mamá, ¿es ése el coche de mi terapeuta?”».

Definición de un «rumiante universitario», según la Enciclopedia Británica... No, antes de eso: «Rusia [...] área del Volga central. Clima fresco la mayor parte del año. Agricultura: Como en la antigua Rusia, la actual Unión Soviética es un país predominantemente agrícola. La mayor parte de la población vive en el campo. Ahora bien, a pesar de la gran importancia de la agricultura para el país, los niveles de producción del campo se hallan en un nivel extraordinariamente bajo. Los primitivos métodos de cultivo, el insuficiente em-

pleo de la maquinaria agrícola, la falta casi absoluta de abonos químicos, las cosechas escasas y cada año más sujetas a oscilaciones, la forma primitiva de la explotación manufacturera, etc.».

Ahora sí: «Rumiantes. Tipo: Universitario. Animal irracional con estudios superiores. Mastica apuntes para sobrevivir, etc.».

En la misma página, biografía de Gualterio Rummel: «Ciudadano alemán que cursó sus primeros estudios en compañía de su padre, Franz Rummel, notable pianista [...] En 1909, Gualterio estableció su residencia en París, siendo uno de los contados artistas que disponían de un círculo de amigos estable. Ha actuado con brillante éxito en los principales países de Europa, menos en Suiza, donde se le espera con los brazos abiertos. Como compositor ha producido, entre otras obras, *Invocación a mi padre*, para viola y orquesta; *Invocación al Dios de la Tierra*, para violín y orquesta, e *Invocación al contrabando*, una sonata para bombo. También ha publicado varias transcripciones de conversaciones privadas entre él y su mujer y varias novelas infantiles, entre ellas *La colina del azúcar*. A finales de 1989 visitó Granada. Desde entonces se desconoce su paradero, si bien su patrona dice haberlo visto montando a caballo por la selva granadina, estrábico

y descalzo, cantando *Yo soy Violeta la Burra*, una copla autóctona, en perfecto castellano».

Mis tareas de demolición comienzan con la búsqueda arbitraria de documentos consagrados. A esta parte del proceso la precede sin duda una idea preconcebida (negativa) de la cultura, pero que debe limitarse a desempeñar el papel de guía o faro si no quiero perturbar la buena marcha de los acontecimientos.

Lo que no me interesa carece de valor: ésta es la mejor manera de ahorrarme un tiempo precioso. La fantasía popular, es decir, la historia, no me interesa. La labor que se me impone es la destrucción positiva de una serie de hechos. En los dominios de la crítica fanática al poder establecido, la mayoría de libros con los que la cultura nos asfixia no deben ser más que papel mojado después de un incendio.

Primer principio de la crítica irracional y/o extrema/externa del fanático español contemporáneo: con mi sistema, una sala repleta de un millón de libros, como esta en la que me encuentro yo ahora, será recorrida en una tarde sin dejar un solo título fuera. Así se manifiesta, con nueva y admirable intensidad, el talento especulativo del impostor, al que no le hace falta pasar por el aro de la erudición para situarse en las cimas del autoconvencimiento. La historia de la cultura,

contenida en sus libros, aparece como el tablado idóneo para un buen taconeo. Pero atención: sólo hemos llegado a un tercio del camino. El gran fanático (yo), observador como pocos, se convierte, por arte de magia, en el gallo del corral, en el bailarín de la historia. ¡Que le bajen los humos! Todavía no he conseguido nada, debo seguir trabajando. Mi labor destructivo-compulsiva no ha terminado; puede que no haya hecho más que empezar. Estamos en la primera mitad de una serie de cinco, en un fragmento troceado en el que no se vislumbra el final. Cuidado: no te caigas por los huecos que tú mismo has creado. El razonamiento a gran escala del fanático español contemporáneo, ausente por momentos, toma de nuevo el mando en este tramo decisivo del relato. Atención: parón en seco.

La cultura en su conjunto carece de interés por ser, casi en exclusiva, el arma arrojadiza con la que los salvajes de hoy en día se defienden de sus conductas reaccionarias.

Mi plan para retar a la cultura en su propio terreno no deja de ser una pequeña temeridad ingenua, un mariposeo cómico sin consecuencias...

Hoy me he acercado al mostrador de información para preguntar a una empleada a qué hora cierra la bi-

biblioteca. Muy amablemente, me ha dicho: «A las ocho y media cerramos la entrada», lo que quiere decir, supongo, que a partir de las ocho y media está permitido salir, pero no entrar. No he visto que hubiera dos puertas. Que yo sepa, sólo hay una. ¿Cómo sabrán, si encuentran a alguien en la puerta, que está saliendo y no entrando? Para despistar, podría entrar de espaldas, no sería tan enrevesado. ¿Y a partir de qué hora se cierra la salida? Eso no me lo ha dicho, ha dado por supuesto que ya lo sabía. Pero no lo sé.

Me desconcierta la gente que siente una pasión indiscriminada por la literatura.

La biblioteca escogida para la celebración del combate entre la cultura (en calidad de aspirante al título) y yo (campeón imbatido) se encuentra incrustada, literalmente, en la Facultad de Letras, un edificio más o menos ruinoso que, en realidad, está bastante bien conservado, pese a no ser más que una chapuza de inspiración neoclásica que no engaña a nadie. El edificio se sostiene gracias a unos pilares que parecen bastante sólidos, por lo que, de momento, no hay nada que temer. En el interior de la facultad, antiguo hospital psiquiátrico, unas estatuas de pacientes famosos (Joanot Martorell, Jaume I, Ramon Llull, etc.) me miran con recelo. La intromisión del populacho en su Xanadú par-

ticular les saca de quicio: están hasta las barbas y se les nota en la cara.

Extracto de la Enciclopedia Británica referido a la Cultura, con mayúsculas: «Su importancia como deporte es debida al perfeccionamiento de los estamentos culturales, de las armas, de los perros y de los demás recursos necesarios, así como de los esfuerzos realizados en diferentes países por parte de particulares para la conservación y el aumento de la vida intelectual. Su valor como riqueza pública ha sido la causa de que se la someta, al menos en Francia, a una legislación especial, encaminada en gran parte a la conservación de los intelectuales (escritores, críticos, etc.) y a evitar los daños que ellos, y también a veces los cazadores que los persiguen, pudieran causar al mobiliario urbano y en especial a los restaurantes. Para reconocer la importancia económica de la cultura basta con considerar que, aparte de los recursos básicos sacados de ella, los intelectuales constituyen un importante recurso alimenticio, pues se comen entre ellos y, en algunos países, suponen un valioso artículo de exportación. Recientemente, Australia recibió una caja con setenta intelectuales [...] En España suelen ser objeto de caza un gran número de intelectuales, sobre todo aquellos que escriben sus obras para un público animal. Nos refe-

rimos, claro está, a la mayoría de escritores españoles, pero también a sus directores de cine y a sus músicos, que, por alguna razón, gustan de entretener a los caballos. Desde un punto de vista genérico, los intelectuales españoles suelen dividirse en dos categorías: intelectual mayor e intelectual menor. El intelectual mayor suele tener más de setenta años y el menor, menos de cincuenta. Entre las dos categorías se encuentra un vacío inexplicable, también llamado “Edad de Oro”, en la que se encuadra a todos los intelectuales que quieren hacerse pasar por jovencitos. El objeto con el que, en España, se caza a los intelectuales varía según la época del año, el cazador consultado, las rencillas personales, etc., pero podría resumirse con el argumento universal de la “pura diversión”. A muchos de ellos, los no comestibles (intelectuales mayores o de obra indigesta), se les persigue únicamente por entretenimiento o para evitar los daños que causan en la vida pública, así como en los corrales culturales o en el cultivo de las subvenciones. [...] En algunos casos es necesario perseguir a intelectuales comestibles por los perjuicios que causan, también, a su propia imagen o a la de sus amigos. Así ocurre, por ejemplo, con toda la Generación del 27. Los métodos y procedimientos empleados en España para cazar intelectuales varían enormemente. Tal varie-

dad hace imposible dar aquí una descripción de todos ellos, siquiera de los más importantes. De todos modos, y en términos muy generales, puede decirse que el rastrillo de granja sigue siendo el arma de caza preferida para las distancias cortas: por ejemplo, en la presentación de un libro o en un plató de televisión. La caza al acecho, aplicable a casi todos los intelectuales de gran talla internacional, se practica generalmente por individuos aislados o reunidos en pequeños grupos; para ello es necesario conocer los sitios en los que los intelectuales van a comer o a beber, y esperarlos siempre convenientemente oculto, si es posible de noche, hasta que se pongan a tiro. Con frecuencia se dispone de un cebo para atraerlos. Por ejemplo, un admirador obsesionado con la obra del autor en cuestión. En otros casos el cazador de intelectuales procura acercarse distraído, o arrastrándose para no ser visto. En todo caso, de los procedimientos puestos en práctica, el más admirable es, indudablemente, el basado en el uso de uno o varios perros de presa. Es muy frecuente, en esta clase de caza, que el cazador vaya solo con su perro paseando por el parque y describiendo unas líneas en zigzag cada vez más cortas a fin de llegar, de este modo, hasta el objetivo. Al encontrar al intelectual, el perro de caza da un ladrido. Al oírlo, el cazador saca el rastrillo y corre tras

el intelectual, que, al verse acosado, procura huir por calles transitadas, pero incluso así, no tardará en recibir el primer golpe en el cuello. Otro procedimiento muy divertido para dar caza al intelectual en España se basa en que el cazador, en vez de salir en busca del intelectual o de acecharlo en lugares públicos (como ya hemos explicado antes), trata de desalojar a su presa de su propio domicilio, dándole muerte con un rastrillo o cazándolo por medio de engaños tales como un anticipo editorial o un elogio, entre otras artimañas. El mayor inconveniente de este sistema es que, en la práctica, sólo sirve para cazar cinéfilos aficionados, ya que el resto de intelectuales no suele estar nunca en casa. Por último, cabe decir que la incesante persecución de intelectuales conduciría rápidamente a su extinción si no se adoptaran unas medidas gubernamentales encaminadas a impedirlo. Entre éstas, la más eficaz es el establecimiento, por ley, de periodos de veto, en los cuales se prohíbe al intelectual protegido manifestarse en público, así como dar a conocer sus obras, etc.».

Al lado (no al lado, pero sí muy cerca) de donde se disputa mi lucha contra la cultura, a unos metros de la biblioteca de letras de la ciudad, hay una cafetería donde sirven un café con hielo extraordinario.

Yo antes no bebía café, pero la existencia de ese lugar (una referencia mundial para los amantes del café) me ha obligado a beberme varios al día: por las noches no duermo, y el resto del tiempo voy muy nervioso, pero no importa. Tengo que beber café, y no cualquier café, sino ese café, el que sirven en esa cafetería. En realidad, no debería porque me hace mucho efecto. Además de alterarme el sueño, me provoca pequeños tics nerviosos, casi imperceptibles: tengo un tic en el ojo izquierdo. En otras ocasiones, mientras camino, el café hace que me agarre al periódico que llevo en la mano, no me deja soltarlo. ¡Tengo que cogerlo fuerte! ¡Es mío! ¡Todo lo que hay en el mundo es mío! ¡Todas las mujeres son mías! ¡Todos los hombres trabajan para mí! Por las noches, en la cama, siento las mandíbulas selladas por la excitación de la cafeína.

Con los ojos fuera de las órbitas, contemplando la oscuridad, le doy vueltas al millón de cosas que quiero hacer mañana: tengo que acabar este libro, tengo otro, no, dos más, tengo que dominar el mundo, tengo que acostarme con todas las mujeres, tengo que luchar contra un gorila, tengo que demostrar quién es el jefe, tengo... Al día siguiente, tras doce horas de sueño, me despierto agotado, hundido en el pozo de la depresión, incapaz de levantarme; llegar al cuarto de baño sería

una gesta, vestirme, ducharme requiere demasiado esfuerzo... ¡No vale la pena, no vale la pena!

Esta mañana, a las cuatro de la tarde, me he despertado hundido en la cama y en estado de shock, agotado después de pasar doce horas seguidas, sin interrupción, soñando con la historia universal de la humanidad, desde la Edad Antigua hasta nuestros días, más o menos. En realidad, para ser exactos, el sueño se detenía, muy disciplinadamente, en la Revolución francesa, dejando lo contemporáneo para la hora de la siesta. Sin pensármelo dos veces, me he levantado y me he asomado a la ventana. Como la calle parecía estar despejada, sin morros en la costa, he decidido ducharme, vestirme y bajar a dar un paseo.

Salgo a la calle y luego vuelvo a casa, vuelvo a salir, camino un rato, vuelvo a entrar en casa, etc. Entre entradas y salidas, paso la mayor parte del tiempo sorteando interrupciones, resolviendo descuidos o despistes, pérdidas de tiempo, malentendidos, retrasos, atropellos, atascos, etc. Al cabo del día, apenas hay diez minutos de tranquilidad pasajera.

Índice

El infarto	7
Basualdo	9
11-S	17
Odiar a un homeless	21
Sesión golfa	27
Diarios del Starbucks	33
Cita paranoide	45
National Geographic	47
A cappella	53
Higiene	59
Una persona normal	65
Dinero gratis	69
A la deriva	119
Mi obsesión por Pavlovsky	121
Cereales	125

ÍNDICE

El perro y el periódico	131
Comentarios a las obras del autor	141
Biblioteca	147
Voces	161
Limpiar el mundo	163
Cena nihilista	169
Los diarios de Pablo Picasso (1984-1992)	179
Crítico de cine	189
La amenaza fantasma	205
Mi Picasso	211
Secretos de un camarero	213
Zona de conflicto	225

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS
EN EL MES DE SEPTIEMBRE DE 2010



Yo fui hijo único.

RICHARD PRYOR

www.librosdelsilencio.com